

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ÓPERA

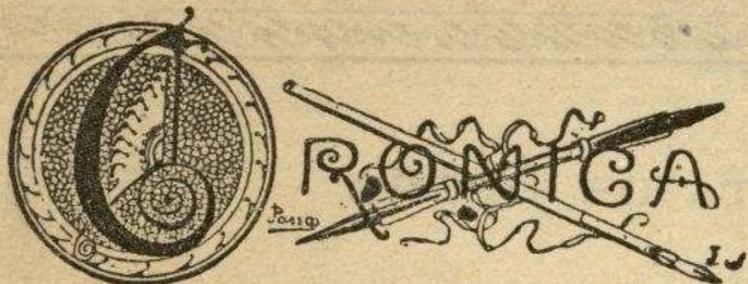


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



La dinamita ha desbancado al petróleo, del mismo modo que Fernando VII sucedió á Carlos IV.

Hace veinte años el petróleo era, además de un inofensivo aceite mineral que servía para alumbrarnos, un símbolo de destrucción y ruina.

«D. Carlos ó el petróleo» escribía un sacerdote muy célebre. ¡El petróleo, es decir, el acabose, el fin ó la fin del mundo!

Ahora hemos progresado.

La dinamita lo es todo, y el petróleo, nada.

Vamos siempre buscando un más allá.

A los republicanos suceden los socialistas, á los socialistas los anarquistas, á los anarquistas los *caístas*, es decir, los partidarios del caos; á estos acaso sigan los *cuatropatistas*, ó lo que es igual, los partidarios de andar en cuatro patas.

Lo mismo sucede con las materias incendiarias y explosivas.

La dinamita es lo que está de moda, y ya la persona que estima en algo sus ideas disolventes, debe llamarse dinamitero y dejar lo de petrolero para los cursis, para los burgueses, para los reaccionarios.

Ser petrolero ahora equivale á ser cangrejo, á estar en la edad media del incendio y de la destrucción.

¡Y qué cosa tan fácil es servir á sus ideas por medio de la dinamita! Construye uno tranquilamente en casa el petardo, lo rellena, le pone mecha (larga, por si acaso), y cuando nadie le ve á uno, deja el mandado en un portal, en un paseo, en cualquier parte.

Cinco, ocho ó diez minutos despues, cuando uno está bien seguro, estalla el cartucho, siembra la muerte entre infelices transeuntes, acude la autoridad.... y nada, no se encuentra al modesto autor.

¡Qué heroicidad! ¿eh?

Más tarde, el dinamitero cena tranquilamente en familia, sin que le preocupen en lo más mínimo los lamentos de las víctimas.

¡Pero los bárbaros de Jerez tenían más alma y más convicciones que vosotros, miserables! Ellos acometieron á sus pretendidos enemigos dando la cara, y expusieron su vida..... ¿Qué haceis vosotros? Asesinar á mansalva.

Sin querer se nos va la pluma al tratar de este asunto, porque desde que el mundo es mundo, la historia no registra una maldad por el estilo.

Y basta... Pasemos á otro asunto menos triste.

El señor gobernador civil ha debutado, como dice un diario, en el teatro. ¡Qué exitazo!

Se daba en Novedades un drama del Sr. Castillo titulado *María Magdalena*. ¿Qué ha hecho mi señor Ojesto? Pues ha cogido y ¡zás! ha suspendido las re-

presentaciones. ¿Porqué?

Ahora entra lo bueno. Hay en Barcelona un autor muy malo que se llama Ferrer y Codina. Este tal autor hizo otra *María Magdalena* en catalán, que no dió gusto á los señores, y el buen Ferrer fué á quejarse de que le habían plagiado el título!

Tenía razón. Castillo debía haber puesto á su obra otra marca de fábrica para diferenciarla de la del señor Ferrer y Codina. Debía haber puesto al drama esta rotulación, que diría el P. Blanco: *La señorita María Magdalena*, ó bien, *La barbiana Maaaaalena*. Así el señor Ojesto no hubiera ejercido de Rey Sobrino, ni menos se hubiera visto obligado á dirimir estas cuestiones.

Pero aquí hay otra cosa. La *Magdalena* de Castillo daba dinero á la empresa y se hacía aplaudir, y esto es lo que ha sacado de quicio al notabilísimo autor de la otra *señá Maalena*.

Se ha quejado sin duda al señor gobernador, y éste ha tomado la enérgica resolución de poner su veto á las representaciones que se daban en Novedades.

¿Para qué está el Juzgado?—preguntarán ustedes.

Pues para nada.

Y aún tomando á la *Magdalena* como cuestión de higiene, nos parece que el asunto le podía corresponder al Sr. Porcar y Tió, nuestro flamenco alcalde; nunca al señor gobernador civil de la provincia, pues sabido es que este ramo ha pasado á la alcaldía.

Vamos que si porque al primero que llegue se le ocurra decir que le han plagiado una obra se van á suspender las representaciones, cualquier Ferrer y Codina puede hacer cerrar todos los teatros de la localidad.

Llauder también puede, siguiendo el mismo camino, hacer suspender la ópera *Don Carlos*, diciendo que así se llama su rey y señor, y que el título es un plagio.

Del mismo modo pueden reclamar los descendientes de Meyerbeer contra los autores de la pieza cómica *Los Hug notes*, y todos los maestros italianos contra Coll y Britapaja por sacarlos á relucir en *Robinson Petit* y demás zarzuelas de su repertorio.

¡Vaya con el Sr. Ferrer y Codina y revaya con el Sr. Ojesto!

Un poco de tacto, señores míos, y no nos pongamos en ridículo (1).

El regocijado Luis Taboada ha dado á luz otro tomo de artículos.

Del último que había publicado, *La vida cursi*, se ha tenido que hacer segunda edición, que hoy está también agotada.

Ahora ha reunido en un tomito que titula *Siga la bromá*, los artículos que ha dedicado en varias ocasiones á la fiesta nacional, á las corridas de toros, y escusamos decir si son alegres y chispeantes.

En otro lugar de LA SAETA copiamos uno de dichos artículos como muestra, y por la muestra se conoce el paño.

(1) Después de escritas estas líneas se ha levantado la prohibición, por lo que felicitamos al señor Gobernador.

Nada, nada, á comprarlo inmediatamente.

Tambien Clarin, que ha tenido un lance con ese bobin de Bobadilla, ha dado á luz un tomo que contiene tres trabajos de primer orden. Se titulan: *Berta*, *Cuervo* y *Superchería*.

Sobre todo *Berta* es un estudio delicadísimo y que abonda.

La gárrula gritería de todas las medianías no han conseguido que Leopoldo Alas deje de llegar á su puesto de gran novelista, al lado de los Galdós, Valeras, Paredas y Palacio Valdes.

Felicitemos al autor de *La Regente* y de *Su único hijo* por su nuevo triunfo.

Y deje chillar á la envidia.

Para colmo, tambien se ha publicado una novela de Perez Galdós que lleva este titulo: *Tristana*.

No hemos tenido todavía ocasión de leerla, pero suponemos que será otro regalado fruto del ingenio del maestro.

Con que ya ve el apreciable lector que el mes ha sido fructífero para la literatura.

¡Así hubiera sido tan bueno para los presupuestos!

* * *

Sabido es que en Austria hay archiducos á granel.

Pues bien, una señora vió en Viena pasar al archiduque número 537 y sin poderse contener le dijo:

— ¡Hubscher kerl!

Ustedes me preguntarán:—Y eso ¿qué quiere decir?

Pues *Hubscher kerl* es como si dijésemos *guapo chico*.

Por ese crimen inaudito la señora fué llevada á los tribunales, porque parece ser que en Austria no se puede llamar *guapos* á los archiducos.

Afortunadamente los tribunales tienen sentido comun y absolvieron á la señora de tan atroz delito.

Esto nos lleva de la mano á pensar la vida que tendrían estos archiducos en España.

Continuamente se oirían decir en la Rambla, por ejemplo: adios, pollo.

O bien, llamándoles de de un balcón les dirían: sube, hermoso.

¡Qué trabajo había de tener entonces la justicia!

A bandadas serían llevadas las *señoras* á los tribunales.

Y los archiducos, ruborosos como alemanas bien cebadas, no se atreverían á salir á la calle.

¡Dios mio, y lo que nos perdemos por no tener en España siete gruesas de docenas de archiducos!

ELIDAN.

CONFERENCIA TELEFÓNICA

— ¡Bueno, bien! Será Felisa la de dos mil ciento trece.

¡Aprieta! Siempre parece que llaman con mucha prisa.

¿Quién es? ¿Quién llama? ¡Centrá!

¡Qué ruido! ¿Quién es usted?

¿Con quién hablo? ¿Animal? ¿Eh?

¡Justé será el animal!

¡Atiza! ¡qué pesadez!

Bueno, bueno. Basta ya.

De seguro que será

el mismo bestia otra vez.

Presente ¿Oye lo que digo?

Sí; tres mil quinientos uno.

¿Que voy á quedar?... ¡Alguno

se está quedando conmigo!

¡Ah! vamos. ¡Sí! ¡Ya era hora!

Que si soy la de García.

Esto es una p. cardía.

pero, en fin...) Sí; sí, señora.

Bien ¿y usted? Perfectamente

(Que donde está mi marido.

¿qué diré yo?) Pues... se ha ido

ahí á la casa de enfrente.

¿i? ¡qué me cuentan ustedes!

¿qué la vieron la otra noche?

¿con quién? ¿Con uno? ¿En un coche?

¡Qué demonio de Mercedes!

¿Eh? ¡No oigo nada! ¡Centrá!

¿Qué pasa? ¿Que está cruzado?

(Ya lo sé.) ¿Quedo? ¡Cuidado

que no sea el animal!

¿Quién es? Presente. ¡Demonio! otra mujer..) Sí, señora.

¿Quién es usted? (Isidora.)

¿Que si está aquí don Antonio?

Le avisará la criada

(¡Ah, pillo, infame! ¿Lo ves?

¡Ya te diré yo! Esta es

alguna desvergonzada.)

La dama se pone atroz,

y cuando vuelve á llamar

dice, queriendo imitar

á su marido en la voz

Isidora, Isidorita.

(Que si está solo. ¡Imprudente!)

Solito completamente.

(Que si la quiero. ¡Ah, maldita!)

Te adoro. ¡Qué disparate!

¿Mi mujer? ¡qué ha de saber!

¡No pienses en mi mujer

por que es tonta de remate!

(Me estoy poniendo de perlas.)

¿Que eso tú ya lo sabías?

(Me he lucido). ¿Qué querías?

¿Que vaya yo á recogerlas?

¿Y cuánto importan las dos

papeletas? ¿reinta duros?

(Y mientras yo paso apuros

como una santa de Dios,

¡mi dulce esposo y mi dueño

á quien creía formal

anda sacando á una... tal

las papeletas de empuño!)

¿Qué? (Me llama su pichón.)

(Que quiere darme un abrazo)

Yo te daba un picotazo

con todo mi corazón.

(¡Su Antoñito!) Mi Isidora.

(Que vaya esta noche á casa

como siempre...! Esto ya pasa

de raya!) Bueno: ¿á qué hora?

A las diez? Sí, querubin,

(Ya he descubierto el pastel;

¡esa es la hora en que aquel

dice que se va al Bolsin!)

Adiós, rica. (Sí, es bastante)

¡Luz de mis ojos! ¡Barbiana!

(¡Asi te diera mañana

pulmonía fulminante!)

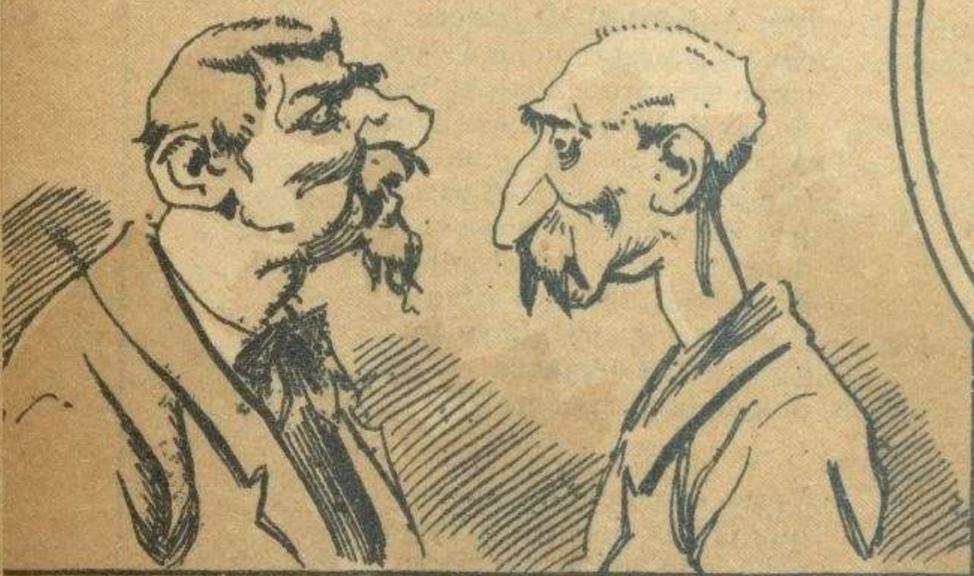
Véase como el demonio que piensa siempre en la guerra echa, á lo mejor, por tierra la dicha de un matrimonio. Los que tengais un belén, del teléfono cuidado,

MISCELÁNEA



—He ido á visitar á Doña Sebastiana; se ha descuidado un poco y he metido el dedo en el guisado que tenía en la cocina. Desayunémonos chupándonos el dedo.

—¿Qué flaco te vas quedando! ¿No sus dan rancho en el cuartel?
—Sí, pero se lo damos á los probes como tú.

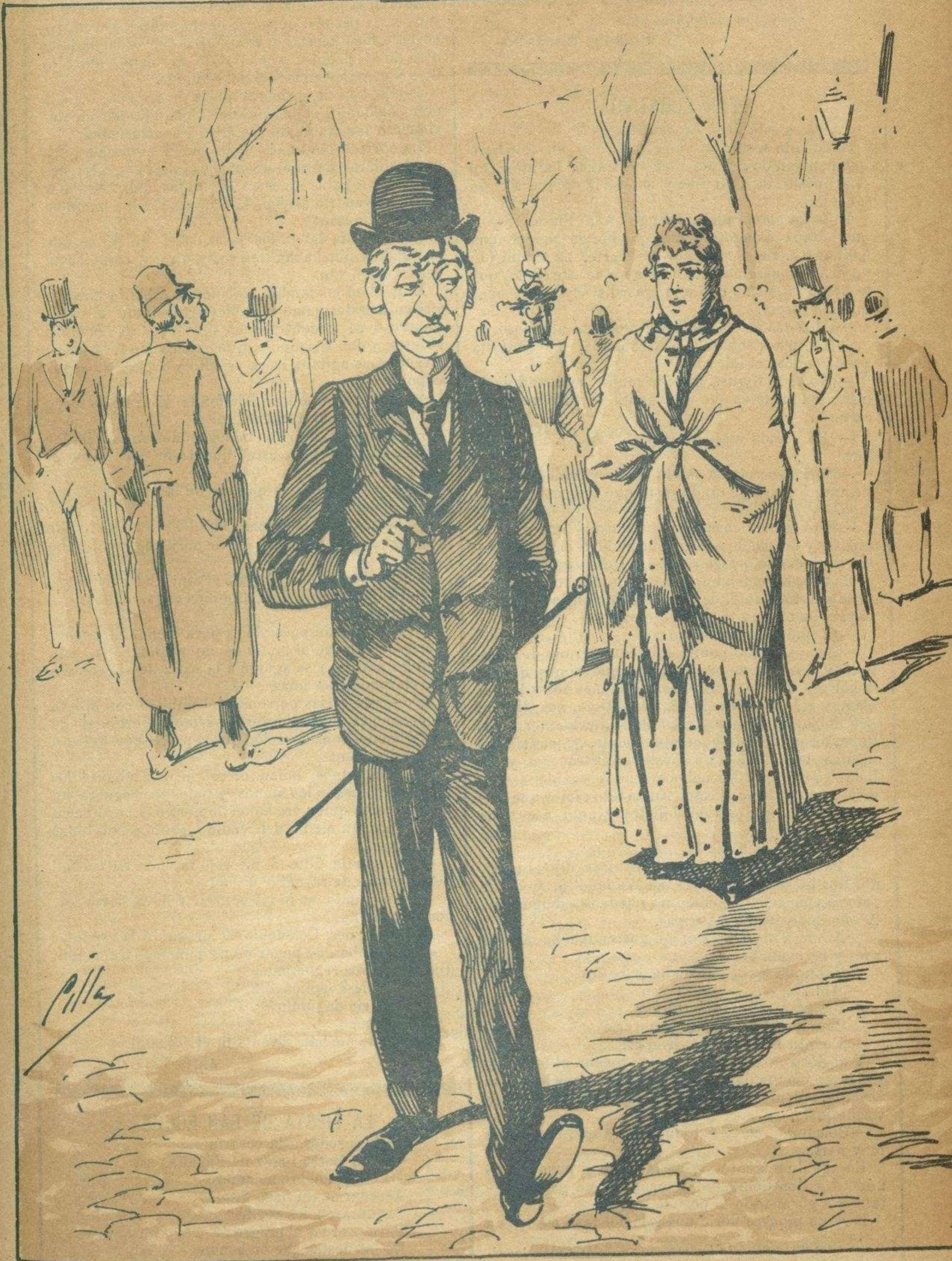


—¿Crees, amigo mio, que tu hijo el cadete viene por mi mujer?
—Como no tienes criada.....



La esposa por detrás de la iglesia de un señor blasfemo. Tiene viudeces de quince días á causa del Abanico.

¡AY, QUÉ RICO!



—¡Y esa mujer me sigue! ¿Dios mío, qué hacer? Tendré que llamar á los del órden para que me protejan contra esa comprometedora

por que la electricidad
hay que manejarla bien.

SINESIO DELGADO

PLAN CURATIVO (1)

La plaza está llena de *Isidros*.

A mi lado se sientan una señora y un caballero que han venido á Madrid en los trenes baratos con el propósito de divertirse y de que le operen á él un lobanillo.

Él se ha comprado un hongo en la Plaza Mayor, que le tapa el cogote, y más que hongo parece una ensaladera. La esposa, por su parte, ha adquirido un *fichú* de pasamanería á manera de enrejado, que le sienta lo mismo que á un guardia civil una chaquetilla torera.

—¿Ustedes no son de aquí? pregunto al esposo.

—No, señor; somos de Castrobadila, me contesta acariciándose el lobanillo.

—¡No te lo toques! grita la mujer, separándole la mano del lugar en que se asienta la protuberancia carnosa.

—¿Ha nacido usted ya con eso? vuelvo á preguntarle.

—No, señor; me ha salido el año pasado por este tiempo, á causa de un disgusto que tuve con el síndico.

—Este es muy chispillas, ¿sabe usted? me dice la esposa, y no puede resistir que nadie le lleve la contraria, de modo y forma que tuvo unas palabras con el síndico sobre una burra, lo cual que al día siguiente se cubrió todo él de granos, hasta que al fin resultó este bulto, que es nuestro castigo.

—¿Y qué le ponen ustedes?

—Hemos estado poniéndole cataplasmas de zanahoria y manteca de cacao, hasta que vimos que lo mejor era dejarle, por que cuantas más cosas le hacíamos, más se le hinchaba. Por último, nos dijeron que debíamos ponerle un emplasto hecho con pelos de sombrero de teja y cerato simple, y ¡nada! Los médicos le recomiendan á éste la distracción y los huevos duros, por lo cual nos hemos venido á Madrid y no perdemos fiesta. En cuanto oímos que había toros, compramos dos billetes, y aquí nos tiene usted.

—Muy bien hecho.

—Porque yo soy ciego por los toros, dijo el marido. Los he visto dos veces en Valladolid, y desde entonces me aficioné como no puede usted figurarse. A esta no le gustan las tripas.

—No, ni á mí tampoco; me gustan mucho más las aves y las legumbres.

—Hablo de las tripas de los caballos.

—¡Ah!

—Y diga usted, ¿quién torea?

—Pues la nata y flor de la torería.

—¡Cuánto nos vamos á divertir!

Y al decir esto, el forastero se tocaba el lobanillo sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que la esposa irritada, volvió á separarle la mano, diciendo con voz de furia:

—Celedonio, no te lo toques; mira que me tienes muy hartal....

En aquel momento pisaba la arena el primer cornúpeto, y don Celedonio se dispuso á no perder detalle y á gozar todo lo posible.

Pero un piquero abrió una raja del tamaño de un

(1) Del libro *Siga la broma*, de venta en todas las librerías. Precio 3'50 pesetas.

melón en la paletilla del toro; otro piquero clavó la vara en la pezuña; quiso un chulo lucirse con un recorte, é hizo hocicar al toro; fué á enmendar la falta otro de los peones, y destartó al bicho, obligándole á sentarse en medio del redondel.

—¿Es ésta la primera plaza de España?—decía don Celedonio, pellizcándose el lobanillo por un movimiento inevitable de asombro y contrariedad.

La corrida continuó como había empezado; los banderilleros, después de muchas salidas en falso, colocaban los palitroques en las orejas del pobre animal, que vendría á tener la pujanza de una mona en estado interesante.

Los espadas dan los pases como quien sacude un ruedo y pinchaban una vez y otra, y otra, hasta perder la cuenta.

El público en cambio, aplaudía á rabiar y lanzaba oles entusiastas como si hubiese resucitado el *Chiclano* ó se encontrase en presencia de *Paquiro Montes*; y don Celedonio, que había visto toros en su juventud, se agitaba en su asiento y decía á su esposa por lo bajo:

—Bonifacia, vámonos á la fonda. Esto no es toreo ni país ni nada absolutamente.

—Oiga usted, dijo con malos modos un espectador entusiasta: ¿qué tiene usted que decir del *Espartero*?

—Yo puedo decir lo que me dé la gana, contestó don Celedonio.

—Justo, añadió la esposa. Nosotros decimos lo que nos parece, porque para eso hemos pagado. ¿Sabe usted?

—¡A callar, tía bruja! gritó el espectador de antes.

—¿Bruja yo? dijo doña Bonifacia agarrándose á las patillas.

Lo que pasó después, no es para dicho. El espectador se abalanzó al moño de doña Bonifacia, ésta dejó las patillas y se agarró á la nariz de su contrario, clavándole las uñas.

Acudieron varias personas del público con objeto de poner paz, y solo lograron varios pescozones de más ó menos consideración que repartía don Celedonio heroicamente.

Chillaban unos, huían otros, acobardábanse los más, enfurecíanse los menos, y todos se preguntaban mentalmente quién era aquel hombre extraordinario que de pié, en medio del tendido, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡El que le falte á mi señora, me falta á mí! ¡tengo ganas de reventar á uno!

—Pero pronto se le vió sonreír y llevarse las manos al lobanillo.

—¿Qué tienes, Celedonio? le preguntó la esposa.

—Que acaban de pegarme un puñetazo tremendo, dijo él con voz regocijada.

—¿Y te ries? replicó ella.

—Sí; me río de júbilo.

—¿Porqué?

—Por que me han reventado el lobanillo.

LUIS TABOADA.

LA FIESTA DE SAN ROQUE

Pues señor... la cosa fué
Que en cierto lugar de España,
De cuyo nombre no quiero
Acordarme (ni hace falta),
Se juntaron los vecinos
Para acordar el programa
De las fiestas que en honor
De San Roque proyectaban.

Pública y solemnemente
 Querían darle las gracias
 Por haberles con su influjo,
 Librado de cierta plaga
 Que, haciendo estragos horribles,
 Diezmó en un mes la comarca.
 Era cosa, pues, de echar
 La casa por la ventana;
 Así es que, además de música,
 Fuegos, bailes y cucañas,
 En celebrar convinieron
 De Iglesia una función magna.
 Fray Lucas fué el encargado
 De echar el sermón de gracias,
 Pues les gustó mucho en otro
 Que años atrás pronunciara.
 ¡Como que era en el país,
 El orador de más fama!
 Sin embargo, aunque no muchos,
 Algunos le criticaban
 Por ocuparse muy poco
 De los santos en sus pláticas.
 Y en efecto, pareciéndole
 Más conveniente y más sana
 La crítica de los vicios
 Que en el país dominaban,
 Pocas veces á los santos
 Dedicaba una palabra.
 Con el fin, pues, de que ahora
 No incurriese en igual falta,
 Ofrecieron al buen fraile
 (A más de la acostumbrada
 Limosna) un par de reales
 Por cada vez que nombrara
 En su sermón á San Roque;
 ¡Idea altamente práctica!

Llegó el día. Todo el mundo
 Sacó á relucir sus galas,
 Hombres, mujeres y niños,
 Y muchachos y muchachas,
 Fueron á misa. En la Iglesia
 No cabía ni una rata.
 En su banco los señores
 Del Ayuntamiento estaban,
 Luciendo, serios y graves,
 Nuevas y flamantes capas;
 El alguacil, medio oculto
 Detrás de ellos se encontraba,
 Lapiz en mano, al objeto
 De llevar la cuenta exacta
 De las veces que á San Roque
 El predicador nombrara.
 Llegó el momento. Fray Lucas,
 Subió á la sagrada cátedra,
 Y despues de á grandes rasgos
 Trazar la vida cristiana
 Del santo; despues que hubo
 Ensalzado sus preclaras
 Virtudes, sus ejemplares
 Costumbres, y su campaña
 Contra la peste en Cesena,
 En Lombardía y Toscana,
 Siguió diciendo:—¿Os sorprenden
 Sus heróicas hazañas?
 ¿Su abnegación os admira,
 Y su caridad os pasma?
 ¡Ah! no me extraña, hijos míos,
 Como tampoco me extraña
 Que su Santo nombre sea
 Alabado cual se alaba.

Lo mismo allá en las alturas
 Que en este valle de lágrimas,
 Todos á San Roque adoran,
 Todos á San Roque ensalzan;
 No hay cristiano que se olvide
 De San Roque en sus desgracias!
 ¡Roque... Roque!... antiguamente
 Los apestados clamaban:
 A Roque el enfermo implora,
 A Roque el leproso llama:
 Roque murmura el que sufre...
 Y... ¿qué más?... hasta las ranas
 Pleito homenaje rindiendo
 Al santo desde sus charcas,
 Roque... Roque... Roque... dicen
 Roque... Roque... Roque... cantan
 Roque... Roque... Roque... Roque...
 Roque... Roque...

—¡Basta, basta!
 Gritó el alcalde furioso:
 Usté si que está buen rana!
 ¡No nombre V. más al santo,
 O salimos á las malas!
 ¡Válgame Dios!... si le dejo...
 ¿Pa qué queremos más plaga?

JOSEPH GARMENDIE

Por la traducción, JOSÉ LÚNAR FORCADA

POR UN FLAN

Don Nicolás Tulé, farmacéutico retirado, vivía en santa calma en compañía de su esposa Natalia Gomez y Gomez, y de su hija Sebastiana, joven de unos diez y seis años.

Nicolás y Natalia eran casi esféricos y hasta parecían hermanos. Ambos tenían las narices chatas, los ojos redondos, la boca pequeña y las manos amon-dongadas.

Sebastiana era al revés de los queridos autores de sus días: alta como un cabo de gastadores, de nariz aguileña, ojos negros y de duro mirar y boca grande, sombreada por un regular mostacho que, de afeitarse, podía llegar á crecer lo inverosímil.

Estas tres personas vivían felices en lo que cabe: sus propiedades les producían unos veinticuatro mil reales al año, y como sus gustos eran modestos, todavía encontraban medio de ahorrar algo.

El caracter del señor de Tulé era muy ameno; se las daba de gracioso, y á veces decía unas cosas que había para pegarle cuatro tiritos de puro sandias. Su señora era tonta de capirote y no hacía más que reirse de las agudezas de su marido.

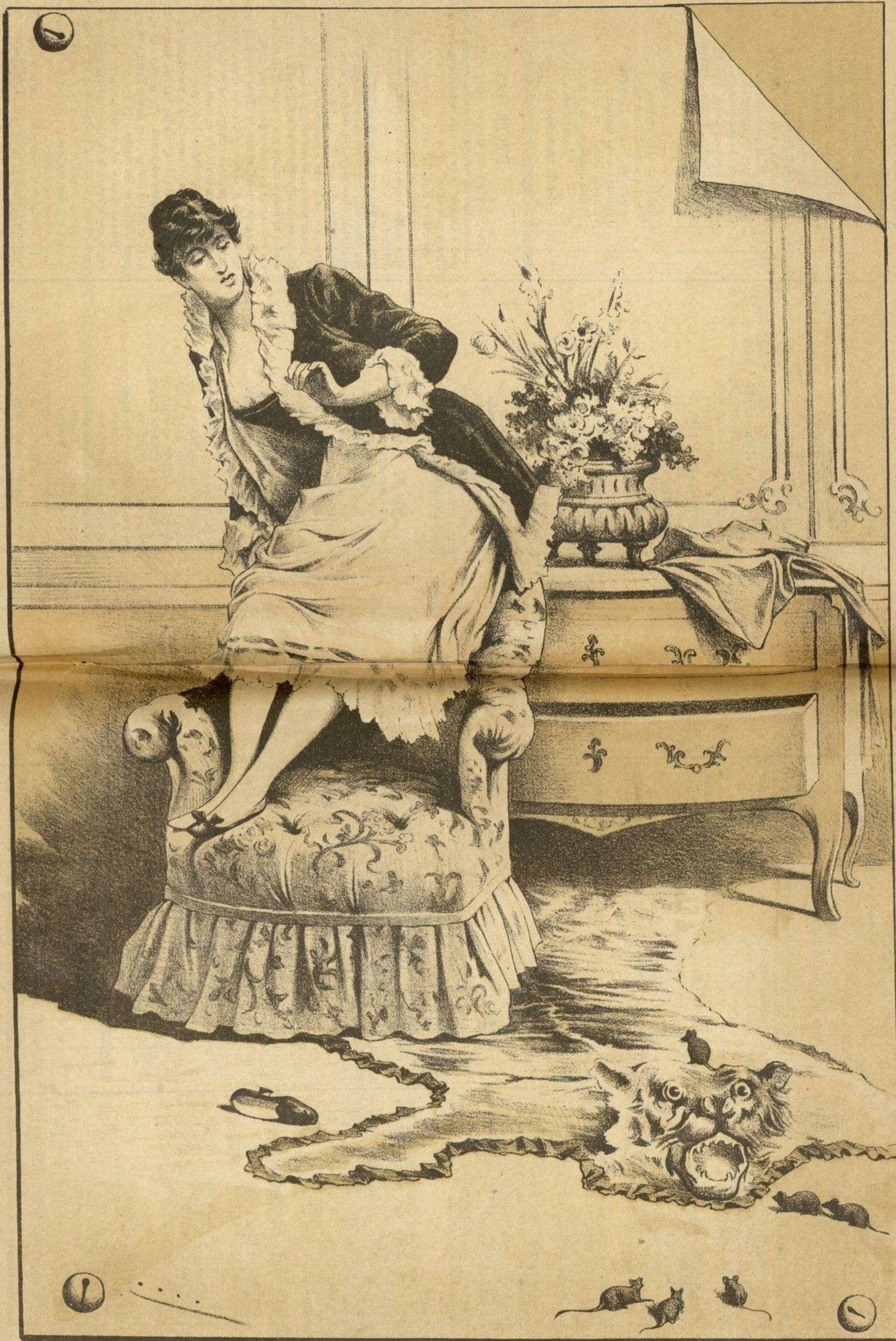
La joven era voluntariosa y mandaba en casa. Tomaba la cuenta á la criada, barría, hacia las camas y á veces hasta cocinaba. Por cierto que su especialidad eran los flanes. ¡Qué flanes hacía, señores! Había para chuparse los dedos.

Visitaba á esta interesante familia la viuda de Torrelodones, retirada también de los géneros ultramarinos, á los que se había dedicado su esposo. Cuando éste murió, trasladó la tienda y se retiró con cincuenta mil duros que le quedaron limpios, diciendo que otro se divierta.

La viuda de Torrelodones tenía un hijo que llevaba cuatro años á la niña de Tulé. Entre estos y la viuda habían concertado hacia mucho tiempo el matrimonio de los chicos.

El joven se llamaba Lucas, lo que hacía decir al señor de Tulé que si aquel llegase á llevar el apellido de su esposa Natalia Gomez, se llamaría Lucas

GALERIA ARTÍSTICA



SORPRESA DESAGRADABLE

Gomez. ¡Y el bárbaro reía esta gracia trasnochada hasta desternillarse.

Pues bien, Lucas no quería precisamente á Sebastiana; lo más que hacía era soportarla, por no dar un disgusto á su madre á quien quería de veras.

En cambio Sebastiana se pirraba por Lucas ¿Dónde has estado hoy? ¿Qué has hecho esta mañana? ¡Vaya unas horas de venir!.. Estas y otras preguntas por el estilo eran la comidilla que daba todos los días á su futuro.

Hacia dos años que duraban las relaciones de estos dos jóvenes cuando una gran desgracia vino á interrumpirlas: la viuda de Torrelodones murió. Tomó un berrinche riñendo con la portera, se le subió la sangre á la cabeza, tuvo un derrame y se las guilló en dos horas.

El pobre Lucas la lloró como hijo amante que era, y en los días que siguieron á la catástrofe se vió consolado por los de Tulé, que no le abandonaron.

Don Nicolás le contaba cuentos alegres para distraerle, y nada más que de oírse los se ponía á llorar Lucas. Y no era para menos dada la poca gracia del narrador.

Pasaron dos meses, y Lucas, ya más sereno, volvió á su vida ordinaria; pero cada vez iba más de tarde en tarde á casa de su prometida.

Esta se ponía hecha un basilisco y un día dijo á sus papás:

—No hay más, es preciso que sepa lo que hace Lucas, que tan caro se nos vuelve de vista. Quiero seguirle, averiguar don le pasa las horas muertas, y si me llega á tener un trapicheo, le parto por la mitad.

Los de Tulé quisieron convencer á su hija de que no saliese sola, que ellos la acompañarían.

—No,—exclamó aquella percha,—ustedes andan muy despacio.

—Pero, hija, salir...

—Las inglesas salen solas y nadie se mete con ellas... Además, que me digán algo y verán ustedes qué bofetada se gana el que se atreva.

Desde aquel día Sebastiana siguió desde lejos á Lucas. Averiguó que iba al café á jugar á la treinta y una, que despues se iba de paseo con varios amigos, que luego se iba á comer á la fonda, y por último ¡y esto es lo terrible, lo inicuo, lo desesperado! que acompañaba á una costurera joven y guapa al salir de la costura.

Llegó á su casa echando espumarajos y llamó á sus padres.

—¿Saben ustedes lo que hace Lucas?

—¿Le ha sucedido alguna desgracia?—preguntó la vieja.

—¡Desgracia! ¡Ojalá! Lo que hace este gran pillo es hacer el amor á una costurera... ¡Habrase visto cosa semejante! Papá, mañana mismo irá usted á casa de ese infame y le pide explicaciones. Si preciso fuera, le desafía usted.

—Pero, hija...

—Nada; le desafía usted y le mata.

Al día siguiente el señor de Tulé procuraba hacerse el distraído, pero su hija que estaba en la cocina y acababa de hacer un magnífico flan, le dijo:

—Papá, vaya usted á ver á ese perdido y déle usted de paso ese flan para que vea que me acuerdo de él. Que venga, que todo se lo perdono.

Salió D. Nicolás acompañado de la criada que llevaba el flan.

Al llegar á casa de Lucas, el Sr. Tulé despidió á la criada, tomó el plato y entró resueltamente.

Lucas se estaba vistiendo.

—¡Hola, buena pieza! ¿pero dónde diablos te metes?

—Señor don Nicolás...

—Mira, mira lo que ha hecho Sebastiana para tí.

—No sé si debo admitir...

—Las golosinas se admiten siempre... Ahora vamos á hablar de cosas más serias. ¿Qué día fijas tú para la boda?

—¿Qué boda?

—¡Otra que tal! La tuya con Sebastiana.

—Don Nicolás...

—Nada, nada; no admito réplicas. ¿Cuándo?

—Don Nicolás, es preciso que hablemos como hombres serios. Supongo que usted no querrá ver desgracia á su hija de usted.

—De ninguna manera.

—Pues bien, casándose conmigo lo sería. No la quiero, no la puedo querer. En vida de mi madre, por no darle un disgusto, accedí á todo. Hoy le suplico á usted que me devuelva la palabra.

—Pero, hombre...

—Además, quiero á otra mujer.

—Eso ya es distinto. Siendo así te devuelvo la palabra... y me llevo el flan, porque ya ¿para qué lo quieres?

Y diciendo esto se marchó con el plato en la mano.

En casa le esperaban con impaciencia su mujer y su hija.

—Al verle con el plato de dulce les dió mala espina, pero él entró diciendo:

—Ya está todo arreglado.

—¿Volverá? ¿Se casará?

—¡Volver! No lo sé. ¿Casarse? Sí, se casa con otra.

—¿Y cómo?

Entonces explicó don Nicolás lo que había pasado.

Sebastiana injurió á su padre, á su madre, á la muchacha, hasta á los transeuntes desde la ventana. En uno de sus ataques, se fijó en el flan, y al recordar que lo había hecho para su futuro, lo cojió furiosa y lo tiró á la calle con plato y todo.

Un ¡ay! desgarrador se oyó entonces fuera. El plato había caído sobre la cabeza de un joven que caminaba descubierto á causa del calor; lo había descabrado é inundado al mismo tiempo de flan.

Los de Tulé y su hija se asustaron al verle tendido en la calle, bajaron, y con ayuda de los vecinos, subieron al desvanecido joven á su casa.

Le acostaron, y Sebastiana le lavó la cabeza y le restañó la sangre. Llamaron á un médico, que recomendó el reposo.

La hija de los Tulé (¿á que lo han adivinado ustedes?) se enamoró de aquel joven que se llamaba Hector Penumbra, y era abogado y poeta.

¿Para qué cansarles á ustedes más? Sebastiana se casó con Penumbra y Lucas con la costurera. Los cuatro fueron felices gracias á un flan arrojado por un balcón.

¡Qué verdad es aquello de que las pequeñas causas producen los grandes efectos!

DANIEL ORTIZ

¡¡QUÉ SALGA EL AUTOR!!

(CASI MONÓLOGO.)

A. Follet.

¡Canallas!, ¡envidiosos!, ¡salvajes!, todos, todos; cómicos, empresarios, autores, púb.....; no, al público ignoro aun si pueden aplicársele tales epítetos; no lo sé, no lo he probado. Y lo peor es que no lo probaré nunca, ¡nunca!, ¡nuncaaaa.....!! Y la culpa no es mía, no; toda es de ellos, de esos empresarios y cómicos.

Pero si es suya la culpa, suya será también la pena. Porque yo llego y digo: ¿Cuándo se reformará el teatro? ¿Cuándo llegará á la meta de la sublimidad el arte dramático desde el momento que yo haya decidido no escribir más para la escena?

¡La primera representación! Me dá risa; ¿quién es el poeta afortunado que logra poner en escena sus versos?

Yo no soy.

¿Y por qué no soy yo?

¿Lo saben ustedes?

No, señor.

¿Lo sé yo?

No, señor.

¿Lo saben los empresarios?

No, señor.

Pero mientras tanto la respuesta es siempre la misma.

Hace dos años que presento anualmente seis producciones.... y nada, el empresario no me pone ni una.

¿Y por qué no me la ponen?

¿Lo saben ustedes?

No, señor.

¿Lo sé yo?

No, señor.

¿Lo sabe el empresario?

No, señor.

Estoy convencido de que no se atreven á poner en duda las buenas condiciones de mis comedias; de mi *Leda*..., por ejemplo; ¡mi obra maestra!

Al oficial de la peluquería que tiene la honra de rasurarme quincenalmente, muchacho de faz atrabiliaria y algo dramático de por sí, le he explicado varias veces el argumento, mientras me hacía la barba y en una de ellas, fueron tantas las lágrimas que derramó y tanta la emoción que le embargaba que por poco me *descabella*. Nada, una catástrofe, una verdadera catástrofe para el arte dramático. La Providencia veló por mí evitándome un día de luto á la escena patria.

Y mientras tanto, mi *Leda* no se representa.

Y mientras tanto, se defrauda al público una noche de placer; ¡qué una noche! un mes; porque mi drama es de aquellos que se representan toda una temporada.

Hay en él para todos los gustos y sirve á todos los paladares: romántico, realista, dramático y hasta *flamenco*: mitad en prosa, mitad en verso: hay escenas pantomímicas, dos *romanzas* de tiple y bajo, un monólogo, un concierto de violín con acompañamiento de fagot y castañuelas; dos matrimonios, tres bautizos y un funeral.... ¿Les parece poco? Y con todos estos ingredientes, y despues de mil recomendaciones, de correr, de pedir; nada.... no me la representan.... Me devuelven el original.... ¡Devolverme el original!....

¿Y por qué?

¿Lo saben ustedes?

No, señor.

¿Lo sé yo?

No, señor.

¿Lo sabe el empresario?

No, señor Es decir, cree saberlo, pero no lo sabe.

¡Despreciar el arte de Calderón, Lope y Moratín.... resucitado.... por no decir mejorado!....

Han decretado su muerte.... su suicidio

¡Asesinos!

Este tiene mi drama un mes y me lo devuelve sin haberlo leído, por falta de tiempo, según dice; este otro lo lee, pero no lo encuentra adaptable al cuadro

de su compañía; otro lo encuentra muy bien versificado, pero falto de argumento; el de más allá dice que es magnífico el argumento, pero descuidada la versificación;.... en fin,.... hasta hay quien se ha atrevido á indicar que mi drama no es original. ¡Original!

¿Y tengo yo la culpa de no ser original? No se me hubieran anticipado Moliere, Calderón, Sardou, Dumas y otros; y aun falta saber si estos fueron originales. Porque, vamos á ver, ¿no se puede ser original, copiando? Basta saber copiar. Y... yo sé copiar.... y mucho.

Pero mientras tanto se me devuelve el manuscrito, y de seis dramas no se me representa ni uno.

¿Cómo se lo arregla, digo yo, un infeliz para salir de la obscuridad, sino encuentra un empresario que lo dé á luz? Aunque fuera la luz que da un quinqué.... un candil.... un fósforo del Globo.... me contentaría yo, pero nada... nada, ni esto.

Hasta he procurado tentar la codicia de los empresarios; he ofrecido cobrar la mitad de los derechos, la tercera parte, la cuarta, la quinta.... de balde; ni esto; ni el dinero les conmueve. ¡Burgueses!

¡Dios mío! ¡Qué desgraciado soy! ¡No encontrar una buena alma que quiera representar mi *Leda*!

¡No tener el placer de ver en una esquina un cartel enorme en el cual se leyese en grandes letras coloradas: «*Leda*, drama novísimo, en cinco actos, en prosa y verso, original de Policarpo Zagaleta...» y al final una nota «en obsequio á la empresa el autor asistirá á la representación.»

Estar entre bastidores anhelante durante la representación; acompañando con el gesto, con la palabra á los actores. ¡Bravo!.... ¡Bien!.... ¡así!... ¡más fuerte!... ¡más bajo!... ¡atrás!... ¡este asesinato que no parezca premeditado!...

Entusiasmo; cae el telón; se oyen gritos de *que salga el autor*; los hombres aplauden, las señoras agitan los pañuelos húmedos aun; viene el primer actor á buscarme.... y yo me presento, pálido, conmovido, temblando; sonrío inclinando la cabeza y con la mano puesta en el corazón.... y me retiro.

¡Cielos! ¡Qué felicidad! ¡Qué.... pero ¿y si me silban? ¡Silbarme!, imposible; tanto valdría haber silbado á Dumas y á Sardou; porque escenas como las de mi drama so'o pueden buscarse entre los mejores dramaturgos de Francia.... ó de Alemania.... ó quizá de Noruega; porque han de saber ustedes que de todos estos he echado mano para componer mi *Leda*, y claro está que si me silban á mí, silban á todos estos geniazos.

Tengo un espíritu de asimilación portentoso; cojo una escena de Sardou, por ejemplo, la mezclo con otra de Dumas, introduzco un personaje de Daudet y de este compuesto no hay que dudar que sale una solución originalísima.

Pero es necesario que estas escenas de unos y otros sean transformadas de tal modo que el público no conozca aquel.... aunque lejano, punto de contacto.

Un padre é hijo de una comedia de Dumas los convierte en una tía y sobrina; el amante, la esposa y el marido quedan transformados en el padre, la madre y el yerno, y claro que así, el público nada sospecha y no sería extraño que al final del segundo acto de mi *Leda*, que viene á ser el final del tercero de la *Dionisia* de Dumas convenientemente transformado, el público entusiasmado premiase con sus aplausos mi originalidad.

De menos hizo Dios á otros.

¿Han comprendido ustedes? ¿Se han enterado del fondo de la cuestión? ¿No es una infamia no representar mi *Leda*? ¿Y de qué proviene esta infamia?

MESA REVUELTA



Joven, hermosa, algo llena,
de temperamento sano,
¿Veis cómo canta en la escena?
Pues mejor canta en la mano.



Amar en seco.



Las que se traen lios.



—¿Se puede?
—¡Atrevido!

IMPRUDENCIAS

¿Lo saben ustedes?

No, señor.

¿Lo sé yo?

No, señor.

¿Lo saben los empresarios?

No, señor: es decir, si señor, porque soy un autor español y original..... ¿Original? ¡Cómo se conoce que no se han tomado la molestia de leer mi *Leda!*

Se me ocurre una idea..... tantos otros lo han hecho; voy á anunciar que mi obra es traducida del francés..... y si así aun no me representan..... no habrá justicia en la tierra.

SNOP. A.

¡¡AHORA!!

Es lo que Luis decía: «Leyendo los periódicos de la localidad, nos damos tal *atracción* de *atracos* que se le *atragantan* á uno los *atracadores*.» Y tenía razón.

La verdad es que los *atracos* en aquel invierno estaban á la orden... de la noche.

Luis salía del teatro, en donde actuaba de apóstrofo, y provisto de un grueso garrote que nunca abandonaba, dirigíase á su casa, no llegándole la camisa al cuerpo y temiendo á cada momento el ser asaltado en mitad del arroyo y despojado de su querida capa, que á costa de tantas privaciones había podido comprarse aquel invierno.

¡Pobre Luis! La sola idea de quedarse sin la prenda le horrorizaba, y además ¿qué se diría de él, de él que gozaba fama de *valentón* en el barrio? Sería la mofa de sus amigos, de esos seres que son los primeros en gozar del desprestigio de uno.

—Nada, nada,—decía nuestro héroe,—si me *atraca* no me entrego; ¡vaya! me defiende aunque me hagan *ortilla*; lo primero es el honor, y el honor es la capa. Pero ¿y si me matan?... ¡esto también es malo, y cuando apenas cuento veintiun años! es decir, cuando aún no he visto el mundo por un agujero... de mi capa ..

En estas cavilaciones andando siempre, Luis llegaba á ser ya hasta supersticioso. La sombra de cualquier vigilante nocturno le parecía una cuadrilla de ladrones, y en un *trís* estuvo que una noche, en un arranque de valentía, no le rompió la cabeza de un garrotazo á un polizonte, que tranquilamente reposaba en brazos de Morfeo, pegado á un guardacantón.

La verdad es que nada dá tanto valor á un individuo, como el mismo miedo, y á Luis le sucedía lo propio. Su misma cobardía le daba valor.

Luis salió del teatro. Aquella noche tenía más miedo que ninguna otra. Llovía y el ruido del agua, al chocar sobre el adoquinado de las calles, le parecían pasos de gente que le seguía dispuesta á cometer con él alguna barbaridad. De vez en cuando, se detenía y miraba á todas partes hasta asegurarse completamente de que no era seguido por nadie. El camino de su casa le parecía más largo que nunca.

—¡Maldita noche!—murmuraba.—No sé por qué me parece que voy á tener algo en que sentir.

Y efectivamente, sentía... el agua que le calaba hasta los huesos, pues aquella noche preocupado en los *atracos* se le había olvidado el paraguas.

Cuando ya casi estaba tranquilo y al entrar en la calle donde tenía su domicilio, tuvo que pararse de pronto, quedando como magnetizado.

No lejos de donde él estaba, y arrimados á la pared, había tres hombres embozados hasta los ojos.

Luis tembló de miedo. Ya no había remedio, estaba perdido, le esperaban.

—¡Pobre capa mía,—murmuró,—estaba escrito!

Lo primero que se le ocurrió fué huir, pero comprendió que no tardarían en darle alcance y entonces... pobre de él. Pasar adelante, también era una locura; se entregaba á ellos... De todas maneras su situación era mala, pero mala.

—No me cabe duda, decía el infeliz, conspiran en contra mía tal vez; ya discuten en qué casa de préstamos empeñarán mi capa mañana, ¡oh! y mientras, yo me helaré de frío en un invierno tan crudo como este.

La situación de nuestro amigo era embarazosa. Así lo comprendió él y decidióse á marchar adelante, dispuesto á defenderse con el garrote, aún cuando comprendía que esto era inútil.

Avanzó algunos pasos; á medida que se acercaba hacia el grupo de hombres crecía su miedo.

Llegó por fin junto á ellos, latió su corazón violentamente y á sus oídos llegó la terrible palabra ¡¡ahora!!

No esperó más; enarboló el garrote y... los dulces y armoniosos acordes de una *murga* interrumpieron el silencio que reinaba en la calle.

Luis respiró con fuerza, y dando al diablo su ridículo miedo, saludó cortesmente á los *murguistas*, que tan inesperado chasco le habían dado.

ENRIQUE PERIS SALCEDO.

TEATROS

DESDE MADRID

Estrenos

ESPAÑOL.—*La viuda de Rodriguez*, juguete cómico en un acto, arreglado del francés por D. Leocicio Gonzalez.

El juguete en el fondo es muy poca cosa; pero en la superficie, demuestra que su autor promete hacer cosas muy buenas. Anímese el Sr. Gonzalez y á ver cuándo volvemos á celebrar otra producción suya. Al final, fué llamado por el público en unión de la Sra. Casas, Srta. Alisedo y los Sres. Diaz, Calvo y Rivelles, que interpretaron muy bien *La viuda de Rodriguez*.

LARA.—*Las oscuras golondrinas*, comedia en dos actos y en verso, original de D. Felipe Perez y Gonzalez.

Con el citado título ha escrito el autor de *La gran vía* una preciosa comedia que produce en el espectador un estado de ánimo dulce y satisfactorio. El verso es fluido y cadencioso, y los chistes, de buen género, abundan en el diálogo. No podríamos decir cuál de los dos actos es el mejor: los dos son muy buenos.

Los actores, excepto Arana y Rubio, trabajaron con cierta desconfianza; quizás —supongo yo— no les habrá gustado la obra, y ya se sabe, cuando una obra no satisface á los actores, éxito seguro.

Felipe Perez fué llamado al proscenio varias veces y recibió muy buenos aplausos.

APOLO.—*El caballo de Atila* ha sido un fracaso más para la empresa, y un escándalo más para el público que paga.

Lo mismo que *Caballo de Atila*, se podría intitular *La burra del tío Jindama*. Es un engendro de lo más malo que se puede llevar al teatro.

Los espectadores protestaron desde las primera

escenas, y las galerías se convirtieron en *Campo de Agramante*. A todo esto, la empresa no piensa poner coto á estos escándalos que tiran por el suelo la cultura del público

Los actores que montaron *El caballo de Atila*, pusieron de su parte todo lo que pudieron para... reventarle.

ESLAVA.—*Pasante de notario*, opereta en un acto, letra de los Sres. Labra y Navarro (D. Calixto), música del maestro Brull.

La representación de esta opereta se llevó á cabo entre las protestas de una parte del público y los aplausos de la otra. ¿Quién tenía razón? Unos y otros. Por mi parte he de decir que *Pasante de notario* es bastante mejor que algunas otras muy aplaudidas. Al final, y en medio de los aplausos y protestas, salieron varias veces los referidos autores.

*** Beneficios

Se han celebrado los de Ricardo Calvo, María A. Tubau, Pepe Rubio, Ricardo Manso, Pepe Vallés y Consuelo Badillo. Todos han proporcionado buenas entradas y valiosos regalos á los beneficiados. Calvo y la Tubau podían haber puesto, el primero un bazar, y la segunda, una joyería.

¡¡¡Ah!!! Se me olvidaba el del simpático Rosell, que se ha efectuado en las mismas condiciones.

*** Noticias

PRINCESA.—Una compañía dramática dirigida por Vico, y de la cual forman parte la Carreras y Perrin, actuará en lo que falta de temporada. Inaugurará las representaciones con el *Drama nuevo* de Tama-yo. Dadas las aptitudes de los citados actores, esperamos que harán una brillante campaña.

COMEDIA.—El incansable ingenio de D. José Eche-garay ha producido una nueva obra, la cual han empezado á ensayar en este teatro. Parece que el título será *Sic vos non vovis ó la última limosna*.

PRÍNCIPE ALFONSO.—En los primeros días de Abril debutará una compañía de ópera italiana de la cual tenemos muy buenas noticias. Entre las señoras, figuran la Peri, la Bassi, las señoritas Guguielmi y Labroda, esta última compatriota nuestra. El sexo feo está representado por los Sres. Ottaviani, Bayo, Astillero, Scaramella y Trenti.

23 de Marzo de 1892.

TARTARIN

Carola Carolli de Basañez

La abundancia de material nos impidió poner cuatro líneas en el número anterior dedicadas á doña Encarnación Fabra cuyo retrato publicábamos. Conste así. En el teatro Principal y en *El Rey que rabió* pueden nuestros lectores aplaudir á tan hermosa y discretísima artista.

Hoy damos el retrato de D^a. Carola Carolli, aplaudida cantante que forma parte de la compañía de ópera que trabaja en el Tívoli. De lo bien recibida que ha sido por el público barcelonés no nos toca decir náda á nosotros, diganlo los aplausos que se conquista cada noche.

MISCELÁNEA

Pensamiento de un gastrónomo.

No todos los bocados son apetitosos. Hay algunos que no se pueden tragar. El bocado.... de un caballo, por ejemplo.

Un inglés.—¿Pero no vive usted en la calle Mayor
—No, señor; yo no vivo en ninguna parte; usted no me dejan vivir.

—¿Tienes hora?

—No; pero tengo la papeleta de empeño... Si te es igual...

El domingo pasado ante una escogidísima concurrencia dió un concierto en el Teatro Lírico el eminente pianista D. Mario Calado. Todas las piezas fueron aplaudidísimas, alabando los circunstantes el gusto acabado y la perfecta ejecución del artista. Nuestros plácemes.

Epigrama

Porque nada poseía
trató de morir Ruperto,
y al ir á matarse un día,
lo dejó, pues no tenía
sobre qué caerse muerto.

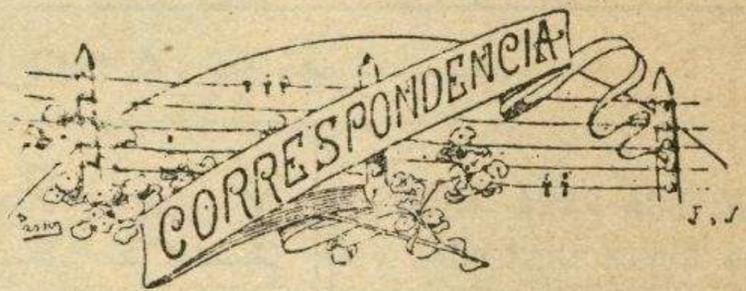
F. MOJA Y BOLIVAR

Una señorita israelita, que estaba sentada en un teatro al lado de un médico francés, empezó á fastidiarse de la ópera y bostezó.

—Dispéñeme usted, señora —le dijo el doctor— creí que iba usted á tragarme.

—En cuanto á eso—respondió la señorita—pierda usted cuidado, que yo soy judía y me está prohibida la carne de cerdo.

Libros—Hemos recibido una novelita titulada *Luz*, escrita por el joven escritor Luis de Val, ilustrada por Passos. Tiene las mismas condiciones que otras anteriores escritas por el citado autor y no dudamos que será bien recibida del público.



J. M. A.—Es bonito, pero de asunto escabroso.

Pre-romanze.—No sirve.

M. S. C.—Tampoco sirve, porque es incorrectísima.

J. L. F.—Va bien; lo insertaré.

Mala sombra, Madrid.—Los cantares se deben haber extraviado. Ira lo que me envía.

J. S. B. *Santander*.—Habría que corregir algo. Además el asunto está muy localizado, y aunque á Pepe Estrañi ya le conocen por acá como en toda España, no sucede lo mismo con las demás personas que cita.

N. P.—No haga V. caso de lo que le digan esos pseudo-literatos que no son competentes más que en asuntos pornográficos. A todos nos conoce el público.

A. M.—Recibidas las fotografías; gracias. Leeré la novelita y diré algo.

N. G. V.—No renueve V. aquello. El artículo irá.

Lovelace.—Poquita cosa, y además me pone V. unos versos mal medidos y sin consonante, como estos.

« No mezcles, María,
que de amor en el año
siempre es *Cuaresma*.»

Para que resultase tenía que decir:

«.. no mezcles, *Méria*:...»

Y ya ve V. que esto es imposible.

UN MELÓN



—Me han dicho que poniendo los ojos en blanco estoy interesante. Voy á ensayarlo muchas veces para luego hacerlo delante de Isidora.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15. ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo